



## TÉLLEZ ALARCIA, Diego, *Jaque al rey: la conspiración del marqués de Tabuérniga. Intriga cortesana y represión política en el reinado de Felipe V*

Óscar Recio Morales  
Universidad Complutense de Madrid (España)  
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2914-588X>  
orecio@ucm.es

### RESUMEN

Reseña: TÉLLEZ ALARCIA, Diego, *Jaque al rey: la conspiración del marqués de Tabuérniga. Intriga cortesana y represión política en el reinado de Felipe V*. Madrid: Endymion Ensayo, 2015; 381 págs.

### PALABRAS CLAVE

Marqués de Tabuérniga; represión política; Felipe V.

La reciente publicación de José Luis Gómez Urdáñez, *Víctimas del absolutismo. Paradojas del poder en la España del siglo XVIII* (Punto de Vista Editores, 2020), nos invita a recuperar una monografía de Téllez Alarcia, publicada algunos años atrás, y en la que este autor –refiriéndose a las víctimas del despotismo ilustrado– abogaba por «intentar construir un modelo comparativo y sintético del fenómeno en su conjunto» (pág. 18). El autor lanzaba esta propuesta al estudiar individualmente a una de estas «víctimas»: el oficial militar Jaime José Velaz de Medrano (1693-1753), marqués de Tabuérniga, acusado orquestar en 1730 un complot para forzar la abdicación del rey Felipe V y la coronación de su hijo, el príncipe Fernando, futuro Fernando VI.

El autor dedica la primera parte del libro (págs. 15-40) a la búsqueda de un «modelo» de «víctima del absolutismo ilustrado». Tabuérniga entraría en este modelo como «noble de servicio». Al adentrarnos en la segunda parte, dedicada a su arresto y encarcelamiento, se suceden los golpes de efecto, inexplicables si tenemos en cuenta la gravedad de las acusaciones. Nos referimos al viaje del prisionero hasta Lisboa para solicitar la mediación de los monarcas portugueses; a sus salidas a Málaga para ver a su prometida, Ana María Bracamonte, primogénita del marqués de Fuente el Sol; o a su espectacular huida de la prisión en 1738, a pesar de su fuerte escolta. Conforme avanza la lectura del libro, estructurado de manera sincrónica, las piezas van encajando. El linaje había servido a la Monarquía desde inicios del siglo XVI, pero tan venido a menos que Jaime Velaz de Medrano no era ni siquiera dueño de la pequeña villa que daba nombre a su título (hoy un despoblado de la provincia de Álava). Por fortuna para él, su ingreso en las Guardias Reales le permitió compartir unidad con Eduardo Burke y, probablemente a través de él, ganarse la confianza de Jacobo Francisco Fitz-James Stuart (1696–1738), II duque de Berwick y I de Liria. Berwick fue el protagonista de la primera embajada española a Rusia (1727–1730), para la que había contado en principio con Tabuérniga. La negativa del rey pudo ser –avanza el autor– la gota que colmó el vaso de su frustración socio-profesional, tras veinte años de servicios. En 1730 Liria finalizaba su embajada en Rusia y Velaz de Medrano era arrestado para pasar casi ocho años en la prisión del castillo de Vélez-Málaga.

En la tercera parte del libro, el autor desvela la complicada infancia de Tabuérniga, en un ejercicio de psicología del personaje poco común. Esta infancia pudo ser la causa de algunas obsesiones y problemas psicológicos del protagonista previos a su frustrado viaje a Rusia: su infancia en La Coruña en ausencia del padre, quien combatía en Flandes y Cataluña mientras su madre contraía un segundo matrimonio «desconfiando de la rectitud de dicho marqués» (pág. 170); la marcha de Jaime hasta Madrid a los cinco años de

edad, reclamado por su padre, quien moriría repentinamente ahogado en el Jarama sin dejar testamento ni aclarar su sucesión legítima; el malogrado historial de matrimonios que Tabuérniga intentaba combinar para escalar en la buena sociedad. Pero, sobre todo, fue el «despiste» de su padre el que le causó mayor dolor. Su falta de reconocimiento legal no sólo causó habladurías en la corte. Lo peor fue que su tío, que se hizo cargo de él, le usurpó el título y lo siguió utilizando en vida. Posteriormente, sus primos iniciaron un largo y costoso pleito que acabó por arrebatarse definitivamente (al menos de forma oficial) el título de marqués de Tabuérniga a Jaime Velaz de Medrano. Esta litigiosidad al interno de la propia familia sirve al autor para encontrar inquietantes elementos en la relación de los Medrano con la Corona. El abuelo del protagonista del libro, un brillante militar en Flandes, estuvo a punto de ser ejecutado tras intervenir en un duelo clandestino. Pero peor aún se presentaba el caso del bisabuelo, Pedro Velaz de Medrano, quien, en las extremas circunstancias de emergencia militar de la Monarquía en la década de 1640, se pasó primero a los rebeldes portugueses y después a Francia. Todavía más: sus conocimientos del Caribe le fueron muy útiles en su labor de corso bajo patente francesa y luego inglesa.

La cuarta y última parte del libro examina el exilio y regreso de Tabuérniga a la fidelidad del rey. Al tiempo que pedía perdón desde París a la reina Isabel de Farnesio, obtuvo la protección del rey británico. Residió diez años en Londres, recibiendo una doble pensión de Jorge II y del príncipe de Gales, hasta obtener finalmente el perdón desde España gracias, en parte, a su labor como confidente para Madrid. Regresó a España en 1749, ansioso por obtener una plaza en alguna sede diplomática de prestigio o incluso un ministerio. Falleció sin conseguirlo en 1753.

*Jaque al rey* es un libro muy bien escrito y mejor documentado. Debido al secretismo que rodeó el proceso y las omisiones de la documentación, no debió ser nada fácil para el autor seguir la pista de los protagonistas. A nuestro juicio, tres ideas principales recorren transversalmente la obra. En primer lugar, el caso Tabuérniga resulta muy interesante al romper, como el propio autor señala (pág. 187) el acostumbrado (y tan estudiado) binomio fidelidad-premio entre rey y nobleza. Aquí se introduce un elemento distorsionador, la traición. Esto, a nuestro juicio, podría cuestionar la idea de «víctima del absolutismo» aplicada a Tabuérniga, y en la que el autor insiste en sus conclusiones. Tabuérniga formaba parte del estamento privilegiado del antiguo régimen. Servía en el cuerpo de élite más próximo al rey y el más cuidado de todo el ejército borbónico, las Guardias Reales. A pesar de esto, no orquesta uno, sino dos intentos de golpes de estado (el primero contra Felipe V en 1730 y el segundo contra su viuda, Isabel de Farnesio, en 1746). Dada la gravedad de estos asuntos, y la sospechosa fidelidad de Tabuérniga demostrada en su exilio, casi podríamos decir que el aparato represivo del estado absolutista se mostró hasta magnánimo con él: «siempre me conservaron mi empleo y mi sueldo de primer teniente, el más antiguo de sus reales guardias españolas, sin que se tocara ni a mis bienes ni a mis honores», reconocía la «víctima» a Jorge II de Inglaterra en el memorial donde solicitaba su protección (pág. 340). A Tabuérniga pudo salvarle su «calidad» nobiliaria (aunque contestada desde su propia familia) y su extravagante personalidad, capaz de orquestar increíbles confabulaciones como su frustrado intento de desacreditar a toda costa al enviado español en Londres y futuro ministro, Ricardo Wall. Pero es muy difícil considerar a Tabuérniga como una «víctima» política porque no estamos ante un Olavide u otros servidores del Estado caídos en desgracia, sino ante un confabulador casi patológico, manipulador y triple espía durante su década en Londres. Ambicioso y perseverante hasta la extenuación, reconoció cínicamente al rey británico que no pudo casarse con su prometida, Ana María de Bracamonte, pero sí con su hermana: «pues para la importancia de nuestro pundonor lo mismo era casarme con esta hermana que con la otra» (pág. 338). Todo un personaje nuestro Tabuérniga, pero difícilmente una «víctima», excepto de sí mismo y de la propia época.

Esta es precisamente la segunda idea a destacar: la variabilidad del individuo y sus circunstancias, y la sutil línea entre el éxito y la caída en desgracia. Aquí Tabuérniga sí que podría llegar a considerarse una «víctima social», o incluso del sistema, si tenemos en cuenta la magnífica reconstrucción que hace el autor de su vida desde la infancia y de todo su linaje. Pero sus desmedidas ambiciones, sus atajos y confabulaciones para alcanzar sus fines son responsabilidad última de un individuo que, repetimos, partía de una envidiable posición social en las Guardias Reales y no supo medir los límites.

Por último, la tercera idea a destacar es la ingeniería genealógica llevada a cabo por el propio Jaime Velaz de Medrano. Tabuérniga, a pesar de cargar con un linaje «poco» fiel (bastante sospechoso, como mínimo), fue capaz de construir una genealogía no sólo aceptable, sino impoluta, teniendo siempre en mente sus ansias de ascenso. Los Medrano visibilizaban siempre que podían su genealogía navarra y desde este punto de vista el caso es sumamente interesante: Tabuérniga no representa un ejemplo de éxito (otro más)

de un *norteño* perteneciente a la exclusiva comunidad vasco-navarra, la mejor posicionada en la España y la América del siglo XVIII. El contraejemplo Tabuérniga no cambia ni la «hora navarra» ni la posición del grupo estudiada por Alfredo Floristán, José María Imízcoz y Rafael Guerrero Elecalde, entre otros. Pero la trayectoria complicada y descendente de los Tabuérniga nos ayuda a introducir un cuadro paralelo al de los ganadores, que se adivina muy complejo y en el que, presumiblemente, nuestro marqués podría no ser una excepción.